

lee las estrofas anteriores y le niega a Carmen Castillo todas sus condiciones. Yo no voy a ir tan lejos, porque dentro de tanta palabrería inútil y hueca, de tantas licencias lexicográficas, he notado sinceridad para expresar los sentimientos. Convengo que los poemas incluidos en "Vivencia", tal como están, serían un esbozo estimable para una obra definitiva. Pero si se le ha querido dar ese carácter a creaciones que aún carecen de una revisión crítica, seria y minuciosa, cambia todo el panorama. Sería, por supuesto, otro muy diferente si se hubiera corregido, se hubiera pulido, en una palabra se le hubiera dado una estructura final apropiada a las circunstancias. El argumento de que este libro fue premiado y su contenido no debía sufrir modificaciones, no es válido en ninguna parte. Cambiar una palabra por otra, en vez de atropellar el Diccionario a cada paso, no constituye ningún acto impropio de un poeta que desea ver respetada su producción. Si la envía al mercado sin adornarla como es debido, corre peligro que nadie se interese por ella. Carmen Castillo comprende estas dificultades y escribe: "Dolor de carecer de las palabras / con qué expresar lo humano, lo divino / idioma luminoso, sobrehumano, / mezcla de sangre, lágrimas, suspiro . . . /".

Yo creo que más vale no publicar nada en esas condiciones. Sólo determinados fragmentos de poemas —como el citado más arriba— y "Cantos a la sombra", en su primer cuarteto, se salvan de la bacanal antipoética y antilógica de este libro. Su autora tiene talento, pero debe saber aprovecharlo, y no como hasta ahora, desperdiciarlo en escaramuzas publicitarias —como ésta— que no conducen a ninguna parte, salvo al descrédito, que nace de una valorización acuciosa y seria. Que abandone ese afán de espectacularidad en beneficio de la sencillez, que pula incansablemente (como Jorge Hübner Bezanilla, maestro en esa ejemplar disciplina) y respete esa lengua castellana que tiene incontables vocablos de parecido o idéntico significado, que pueden usarse sin desconocer las reglas y los principios gramaticales. Si no, recordaremos la sentencia latina, tan cara a un recordado amigo nuestro, el insigne crítico y humanista D. Ricardo Dávila Silva (Q. E. P. D.): Caveant consules: rotas las alas en la temeraria empresa de remontarse por encima de sus propias condiciones y posibilidades.

Y una observación al terminar. Más de alguien podría lamentarse que en vez de examinar tantas menudencias habría sido preferible pasar por alto los defectos y notar solamente los aciertos, y también no profundizar tanto en la forma, abandonado el contenido. A eso responderíamos que si la estructura posee en buena parte numerosas deficiencias, eso impide apreciar el mensaje que le ha sido impreso, con fuerza pero con ligereza, lo cual no deja de ser lamentable.

<https://doi.org/10.29393/At392-81TATM10081>

*Un testigo en la alborada de Chile*, de EDUARD POEPIG (1826-1829)

Traducción, introducción y notas de Carlos Keller.

Zig-Zag, 1960

Entre los homenajes concebidos durante el año pasado en honor del Sesquicentenario de la Independencia de Chile, cabe destacarse la traducción por el académico e historiador Dr. Carlos Keller, de una obra del más vasto contenido histórico y científico: *Un testigo en la alborada de Chile*, del sabio y naturalista alemán Eduard Poepig, quien visitó nuestro país entre los años 1826 y 1829. Durante ese período, Poepig recorrió el territorio nacional

minuciosamente, anotando con sumo cuidado observaciones sociológicas y científicas, a la vez que conservando en cuadros que él mismo pintaba algún paisaje interesante.

Como no venía en misión oficial a Chile, pudo tomar contacto con todos los grupos sociales, alternar con ellos y obtener un bagaje de conocimientos directos, que le permitieron efectuar acotaciones que después de casi siglo y medio aún conservan plena vigencia, lo cual acredita a Eduard Poeepig como un testigo acucioso y perspicaz.

Después de la emancipación de España, la mayoría de las naciones americanas sufrieron grandes crisis internas, al no estar sus dirigentes políticamente maduros para asumir la dirección del país. Era natural. Recién se salía de luchas cruentas y dolorosas, la desconfianza estaba sembrada entre los mismos caudillos, los conceptos políticos y administrativos no estaban nada claros. De la unión de todos estos factores negativos resultaba la Anarquía; menos mal que para Chile surgió la figura de Portales, para quien Poeepig tiene frases de elogio, organizador de la república en forma; pero aun éste no actuaba con la propiedad que después lo hizo, durante parte del decenio del Presidente Prieto.

Eduard Poeepig llegó a Chile, como se sabe, en 1826, es decir, cuando la Anarquía aún no llegaba a su punto álgico, pero el estado ambiente de manera alguna puede compararse con el de los años que siguieron a ese período. De éste escribí, en otra ocasión: "Se vivía en un tiempo en que las festividades, tanto cívicas como religiosas, eran los únicos medios de entretención, en una época en que la agricultura y el comercio comenzaban a desarrollarse y en un período en que la vida intelectual era nula, con excepción de las tertulias (entre las que resaltó la que mantenía la señora Isidora Zegers de Huneeus); reinaba, en consecuencia, una gran tranquilidad en el campo político, económico e ideológico, que permitió a nuestro país, años más tarde, bajo la acción rectora de don Andrés Bello y otros sabios extranjeros, ser cuna del Movimiento Intelectual de 1842". Eduard Poeepig no alcanzó a conocer las ventajas de lo anterior, ya que regresó a su patria dos años antes de la ascensión al poder del General Joaquín Prieto.

Como al pintor Rugendas a Poeepig lo guiaba su afán científico. Mientras el primero pensó desarrollar una vasta misión topográfica y a la vez pictórica (convenientemente estudiadas por Tomás Lago en "Rugendas, pintor romántico de Chile", Ed. uch, 1960), su compatriota se sintió atraído con fuerza por las ciencias naturales, de tal modo que recolectó gran cantidad de especies vegetales y animales, que más tarde analizara y clasificara en su patria<sup>1</sup>.

Y en este ir y venir continuo a lo largo de Chile, Eduard Poeepig anotaba sin descanso sus impresiones, por ejemplo, aquellas relacionadas con el atraso económico y sobre las desigualdades sociales, cuando el sentido de clase era muchísimo mayor que hoy día. Las costumbres chilenas encuentran en Poeepig un descriptor penetrante. Sólo los viajeros se percataban de ellas, y, además, las incluían en sus obras. Las letras chilenas de aquel período no

<sup>1</sup>Véanse, además, los testimonios de William S. W. Ruschenberger en *Noticias de Chile*; de S. Haig, Samuel Caldcleugh y M. Radiguet, en *Viajeros de Chile, 1817-1847*, y de Paul

Treulter, en *Andanzas de un alemán por Chile, 1851-1863*, publicados todos por la Editorial del Pacífico, S. A.

sentían preocupaciones por eso, hasta la llegada a las letras chilenas del egregio poeta Diego Dublé Urrutia, laureado en 1958 con el Premio Nacional de Literatura, a quien los entendidos en estas materias atribuyen con toda justicia la paternidad exclusiva del criollismo en poesía, que más tarde influyó en la prosa de Mariano Latorre, nuestro primer escritor de mérito que se aventuraba en esos terrenos.

Nuestro acucioso testigo, que antes había visitado varios países americanos, cuyas situaciones en el campo político lo habían impresionado de manera asaz desfavorable, se entusiasmó con Chile y con sus habitantes. Basta observar los elogiosos conceptos que le merecieron los chilenos de entonces. No son, por cierto, panegíricos tropicales, pues el autor es alemán y la raza germánica, como la sajona, es por esencia apegada a la verdad y desconoce la exageración. No la seducen los entusiasmos extremados, se impone sobre todo la mesura y en el caso especial de Eduard Poeepig un cientifismo riguroso, producto de una observación cuidada, sometida a una posterior meditación.

Después de su regreso, Poeepig dio a sus anotaciones forma de libro, en 1835, y sólo un siglo y cuarto más tarde puede ser su obra conocida entre nosotros gracias a la diligencia del Dr. Carlos Keller, quien la tradujo del alemán, le incorporó numerosos dibujos de Rugendas, como asimismo un número apreciable de fotografías, las que fueron incluidas para permitir que el lector apreciara la fidelidad de los dibujos de Poeepig —quien ilustró la edición alemana de la obra—, y la dotó, finalmente, de una introducción expositiva, de notas eruditas, de subido precio, a lo largo del texto y de completos índices.

El estilo de Poeepig —está bien decirlo— no es ameno como el de María Graham en "Diario de mi residencia en Chile", pero es de valor evidéntísimo como documento escrito por un viajero imparcial, que no tenía antes de su llegada vinculaciones especiales en nuestro país. De ahí, parte de su importancia; el resto está en el conocimiento cabal de lo que escribe y de los juicios que anticipó —por ejemplo, sobre la Patagonia y su valor inestimable, que el mismo Darwin desconoció y que nos significara su pérdida a manos de Argentina, por el errado juicio de Barros Arana y Lastarria—, muchos de los cuales se han visto total y plenamente confirmados<sup>2</sup>.

La excesiva solidez de *Un testigo en la alborada de Chile*, impedirá que sea un libro popular, lo que es lástima, pues documentos inapreciables, como éste, debieran ser conocidos por todos los chilenos.

Aparecida esta obra en el Sesquicentenario de la Independencia de Chile, elegantemente editada por Zig-Zag, es, a fin de cuentas, el homenaje más conspicuo que en fecha de tan alto significado para nosotros se haya rendido, pues nos ha permitido conocer el pensamiento de un hombre excepcional frente a una realidad muy diferente a la apreciada ahora. Tanto la Editorial que posibilitó su publicación, como su esmerado traductor, don Carlos Keller, han quedado de este modo vinculados en forma estrecha a la historia litera-

<sup>2</sup>Con el título de *Predicciones acertadas*, publiqué en *El Diario Ilustrado* del día 9 de diciembre de 1960 un artículo acerca del acierto de las afirmaciones del tratadista y destacado hombre público, D. Eduardo Yra-

rrázabal Concha, en torno a la situación mundial, contenidas en sus obras: *El hemisferio postergado* (Zig-Zag, 1954) y *América Latina en la Guerra Fría* (Nascimento, 1959), algunas sorprendentes.

ria y sociológica de Chile y merecen, por supuesto, el aplauso entusiasta de todos sus compatriotas.

Tomás P. Mac Hale

*El funeral del Diablo*, de MAITÉ ALLAMAND.  
Zig-Zag, 1960

Antes de hablar sobre este libro, cuya substancia vital ha sido tomada del campo chileno y de sus gentes, no resisto al deseo de los buenos recuerdos, que no sólo se relacionan con el comentario mismo, sino que pueden servir por otras razones al espíritu del lector. El caso pertenece al anecdotario del que esto escribe y es poco conocido. Pues bien, hace ya algunos años conversábamos dos escritores a propósito de cuento y novela y más que nada de los temas y asuntos que un escritor chileno debiera utilizar en sus obras. ¿Debería ser tema campesino? ¿urbano? ¿cogido en la alta o la baja clase social? ¿el personaje merecía ser el huaso rico, patrón de fundo, el inquilino o el sirviente? El escritor amigo, que me abstengo de nombrar, expresó en aquel momento y con el mejor espíritu e intención, que la vida chilena, sus tradiciones y mitos jamás llegarían a motivar y sostener una novela o un cuento que superase los relatos extranjeros de todos conocidos, los cuentos orientales, por ejemplo. Por mi parte, aunque en aquellos años yo había escrito poco de novela o cuento, afirmé que cualquier país de América, y Chile, por supuesto, podía infundir con su naturaleza geográfica y la vida de sus gentes uno o muchos relatos tan cautivadores para los niños como para los adultos. Aquella conversación no alteró, por supuesto, nuestra sincera amistad que se mantiene igual hasta hoy. Al año siguiente de aquel cambio de opiniones, yo entregaba a las prensas de la Editorial Zig-Zag mi novela "El cazador de pumas", ambientada en la selva sureña. Mi amigo, que es un agudo y reposado crítico, declaró en el diario, a propósito de esa novela, que se había escrito un relato de hechizo con unos cuantos elementos: el puma, el cazador y el campo bravío, impregnado de superstición y de miedo. El libro en referencia es bastante conocido de los niños, jóvenes y adultos. Quise demostrar, con ese relato, que el tema nativo es tan digno de la obra literaria como el exótico, y, asimismo, que el tema, cualquiera que sea y nacido donde se quiera, puede dar un fruto calificado. En consecuencia, lo que importa es la obra obtenida, debidamente aquilatada. Ahora bien, si en nuestra tierra sobran los temas, no deja de ser ingenuo el buscarlos en otros continentes.

Tiempo después, y debido a la gravitación de Mariano Latorre y otros en la literatura nacional, surgió la odiosidad de los enemigos personales y de aquellos que, por educación y ambiente, ignoraron o, simplemente, subestimaron lo nativo. La querrela entre el imaginismo y el criollismo literario entretuvo a algunos e interesó a otros. Consultado sobre el asunto, destaqué un concepto ingrato para muchos: "En su expresión artística, el criollismo habrá de ser expansivo, universal y perenne, no importa cuáles sean las zonas de excitación para el trabajo creador. Ni la modalidad ni la identidad de sus principales elementos, crean por sí solas la universalidad del criollismo. Un huaso o un roto en el centro de la obra literaria, plástica o musical, puede dar origen a un hecho de alcance universal si el temperamento del autor ha logrado el milagro de la imposición secreta en el alma de los pueblos. Tal